



miento de la catedral, y la composición del cabildo y sus competencias e ingresos; expone una información sobre los miembros del cabildo de la catedral, enviada al Consejo por el obispo Antonio de San Miguel en 1794, como candidatos a una posible promoción episcopal. En ella, como subraya Brading, sobresalen los sacerdotes estimados, doctos y virtuosos que desempeñaban con competencia sus deberes, aunque no generaban tanta documentación como los casos concretos de quiénes tenían una conducta escandalosa o un carácter irritante. Hay un estudio pormenorizado de los ingresos de diezmos y capellanías en la diócesis; y, por último, presenta la figura de Manuel Abad y Queipo, último y polifacético obispo español de Michoacán, prelado docto e ilustrado, defensor de las libertades económicas y sociales de América y, a la vez, sostenedor del orden hispano.

Al final incluye tres apéndices valiosísimos con los datos de los ingresos de la Iglesia en América española en 1799; los ingresos en las parroquias y conventos de Michoacán hacia 1790 y los ingresos del diezmo en la diócesis de Michoacán en 1787. Una bibliografía selecta y actualizada completa el trabajo.

Estamos pues ante una obra clave para la historia de la Iglesia michoacana y, en general, para la de la Nueva España. El A. no se propuso hacer un estudio sistemático y así presenta el libro como un trabajo compuesto por «ensayos separados»; a pesar de lo cual el trabajo es amplio y valioso y está lleno de sugerencias y aspectos que habrán de ser tenidos en cuenta por los historiadores que le sigan. Una observación: los resultados son más amplios, a mi modo de ver, de los que el A. afirma; sostiene que se ciñe a la diócesis de Michoacán; sin embargo, en muchas partes del libro aparecen aspectos concretos de la Iglesia metropolitana, como cuando estudia las reformas de Rubio y Sa-

linas o cuando trata de la postura de Lorenzana. De otra parte, afirma Brading que la dinámica de la Iglesia michoacana abarcaría los primeros decenios del XVIII; sin embargo, en el libro mismo se encierran datos que avalan la hipótesis de que esa dinámica eclesiástica se mantuvo hasta fines de la colonia a pesar del acoso regalista: sólo así se explicarían, por ej., las fundaciones conventuales de religiosas que se verifican hasta ya entrando el siglo XIX.

E. Luque Alcaide

Jaime Fernando BRAVO CISNEROS (ed.), *Sexto congreso nacional mariano de la Iglesia ecuatoriana, Loja, 20 a 25 de agosto de 1994, Memorias*, Impreso por Monsalve Moreno, Loja s/f [1995], 440 pp. + 12 ilustr.

La ciudad y la diócesis de Loja fue escenario de la celebración del VI congreso nacional mariano. Bajo el lema «María-Madre, Evangelizadora de nuestra cultura» se desarrollaron una serie de actividades que tenían como finalidad, según reza el objetivo general: «Profundizar en el conocimiento y en el amor de la persona de la Santísima Virgen María. Y a partir de Ella llegar a Jesús, por medio de una nueva evangelización, a fin de lograr el crecimiento de la vida cristiana y la construcción del Reino de Dios» (p. 13).

Había un motivo especialmente importante para la celebración de este VI congreso mariano: los cuatrocientos años de devoción a la Virgen de «El Cisne» (1594-1994), patrona de la diócesis de Loja, a la que el pueblo cristiano tiene una especial devoción. Este motivo explica la esmerada preparación que se llevó a cabo durante los años previos al congreso y que se incluye en lo que los organizadores llamaron el «septenio de evangelización».

El congreso estuvo presidido por el Exmo. Sr. D. Nicolás de Jesús López Rodríguez, cardenal arzobispo de Santo Domingo, en calidad de legado pontificio. En su mensaje al VI Congreso mariano, el Papa Juan Pablo II recordaba el papel de María en la primera evangelización del continente americano e invitaba a los participantes a procurar «en los fieles una formación cristiana más intensa, una participación más activa en la vida litúrgica y caritativa de la Iglesia, y una mayor colaboración en los diferentes apostolados, tomando a María como modelo de evangelizadora de los pueblos de América» (p. 66).

En las Memorias del VI congreso destacan, desde el punto de vista teológico, la ponencia presentada por el P. Hugo Vásquez Almazán, sobre «María, mujer judía, principio de la cultura cristiana». La segunda ponencia fue leída por el P. Remo Segalla, bajo el título «María, Iglesia evangelizada y evangelizadora». El P. Julio Terán Dutari cerró el tercio de ponencias con su intervención sobre «María, paradigma de evangelización inculturada en nuestros pueblos».

Me parece que los pronunciamientos de los expertos en el VI congreso coinciden en tres puntos que son de interés general. En primer lugar se destaca la figura de María como modelo de evangelización y de vivencia de la fe en los pueblos, particularmente de América Latina. En segundo lugar, existe un marcado interés por profundizar en el tema de la religiosidad popular que caracteriza a estos pueblos. En este punto se sumó a la necesidad de procurar una valoración positiva de la religiosidad popular para evitar que bajo el pretexto de renovarla y purificarla, se asista a una supresión de ciertas formas de culto popular. Finalmente se insistió en la necesidad de evitar el divorcio entre fe y vida. Divorcio que llega a «producir clamorosas situaciones de injusticia, desigualdad social y violencia» (Conclusiones de Santo Domingo, n. 24).

En la Memorias también se recogen dos disertaciones. Una presentada por el Lic. Jorge Dávila Vázquez, con el título «María en las letras ecuatorianas. Cuenca y la poesía mariana». La idea central es demostrar cómo la piedad mariana ha sido y es fuente de inspiración poética. La segunda fue leída por el presbítero Dr. Jaime Fernando Bravo Cisneros. El autor, bajo el título «Visión antropológico-pastoral de la devoción popular a nuestra Señora del Cisne» afirma que la estrecha relación entre la «devoción popular y la cultura de un pueblo hace que la devoción popular sea como un espejo en el que se refleja con extraordinaria viveza el alma y la historia del pueblo. Así, la devoción popular a Nuestra Señora de El Cisne es como la síntesis concreta entre la fe cristiana y la cultura del pueblo lojano» (p. 316).

J. R. Veintimilla N.

Paulino CASTAÑEDA DELGADO y Pilar HERNÁNDEZ APARICIO, *La Inquisición de Lima (1635-1696)*, Tomo II, Editorial Deimos, Madrid 1995, 581 pp.

En 1989 apareció el primer volumen de esta importante historia de la Inquisición limeña, con una acogida internacional destacada en la historiografía americanista; seis años después se publica el segundo volumen muy esperado por los especialistas. Los autores abordan en este II tomo la etapa del siglo XVII, arrancando de 1635, fecha en que se descubre en Lima la complicidad de «judaizantes».

La obra sigue la estructura ya iniciada en el primer tomo y se articula así, en dos partes, la primera se dedica al análisis de la organización del tribunal, con sus ministros, competencias y protocolos, y la economía, que alcanza a estabilizarse en las primeras